

ANDRES MARIA AMPÈRE

CONFERENCIA FAMILIAR

(Conclusión)

¿ Habéis visto, señores, en un cielo despejado y sereno a alguna de nuestras grandes aves cernerse, rasando las nubes? La gracia y suavidad de sus movimientos, el balanceo fácil y ondulado de sus alas, todo en ella indica un poder y fuerza de vuelo, cuyo despliegue y sostenimiento tranquilo y reposado nos pasma de admiración.

Pero que la tempestad sople furiosa, que las nubes se precipiten en imponentes torbellinos, que se alborote y muja el mismo mar. Ved ahora el águila durante la tempestad; ved su ala impetuosa pasando a través de las trombas del cielo; nada la detiene en su curso, va majestuosa y altanera, subiendo siempre más arriba, por encima de los truenos y los rayos. ¡Cómo se agranda entonces el espectáculo! ¡cuán bello es en su fuerza victoriosa!... Entonces es más que admiración lo que nos sobrecoge; es la sensación de lo sublime lo que embarga nuestras almas.

Así me parece ver volar el genio de Ampère.

No imaginéis, señores, que el cielo en que se cernían sus pensamientos estuviese despejado y sereno, que su casita estuviese tranquila y silenciosa, y que él gozara de ese reposo y de esa paz tan necesarias al espíritu en su trabajo de descubrimientos.

¡No! ¡No!... Yo no conozco vida más acibarada por el dolor y por la prueba. El espíritu de Ampère tuvo que franquear la crisis de todas las dudas. Su corazón tuvo que beber todas las amarguras.

No vacilo por lo demás en decirlo: el enorme desarrollo de su inteligencia carecía del contrapeso práctico. Era un hombre nacido para vivir con ideas y teorías, y no con los demás hombres. En Alemania hubiera sido de los especulativos puros.

Os he mostrado cómo su admirable esposa le había convertido a las prácticas religiosas de su infancia. Ciertamente, Ampère no había entonces renegado de su fe, pero la había dejado en el olvido; no la había hecho traición, pero la había descuidado. Apenas llegado a París, trabó amistad con Cabanis, filósofo materialista completo. Y hé aquí que Ampère se lanza en seguida por aquel camino: hubo un momento en que pudo creerse que iba a desertar de las ciencias exactas, para alistarse en la bandera de la filosofía. Su fe se quebranta de nuevo en aquella nueva atmósfera. "Andad con cuidado, le escribe uno de sus amigos, estáis en la pendiente del precipicio; por poco que se os vaya la cabeza, no sé lo que os sucederá." Pero el gran entendimiento de Ampère y el sincero amor que profesaba a la verdad le salvaron. Ozanam le hallará en la iglesia rezando su rosario, y... cosa extraña y que nos muestra cuán frágil es el vaso en que llevamos esta fe divina, el amigo, cuyo grito de alarma acabo de citaros, ese amigo la pierde, y después de haberla perdido, Ampère a su vez es quien se la devolverá.

Pero ¡cuántos tormentos durante aquel período de duda! "Estoy como el grano entre las piedras de molino, escribe; nada puede expresar el desgarramiento que sufro; ya no tengo fuerza para soportar la vida!"

¿Y su corazón?... ¡Ah, señores! Ampère tenía treinta y tres años cuando fue nombrado para la Escuela Politécnica, y ya había empezado a esparcirse la fama acerca de sus trabajos. Podía, pues, preverse que le esperaba un buen porvenir. Una madre previsora, en busca de marido para su hija, le juzgó buena presa. Le tendieron sus lazos, y Ampère, bueno, sencillo y crédulo, cayó en ellos de lleno. Se volvió a casar.... Pero ¡qué bien vengada quedó Julia! Desde los primeros meses estalló la guerra. Bien pronto a su mujer se junta contra él su suegra. El pobre Ampère huye, y va a llorar en casa de un amigo que trata de consolarle, pero en vano. Antes de que transcurriera un

año, la posición se hace absolutamente insostenible. Ampère se aparta definitivamente de aquella miserable criatura, que dos semanas después hace que le anuncie un conserje el nacimiento de su hija. Intervino la ley, pronunció la separación, y Ampère se fue con su Juan Jacobo y su Albinita, ¿a dónde, señores? ¡Ah! ¿dónde se encuentra todavía amor cuando nos hacen traición todos los demás amores? ¡A casa de su anciana madre! Tuvo más suerte aún.... su madre comprendió cuánta necesidad tenía su hijo de ella, y aunque agobiada por la edad, dejó a Polémieux y fue a fijar su residencia con Josefina en París para vivir junto a su Andrés!

No hemos llegado al término, señores; os he dicho que su corazón tuvo que beber todas las amarguras. Juan Jacobo ha llegado ya a ser un joven distinguido; parece que ha heredado todo el talento de su padre; ¡tan grande es el desarrollo de su inteligencia! Lleva el primer premio de filosofía en el concurso general de los Liceos de Francia. Dudando un momento acerca de la carrera que debía seguir, no tarda en consagrarse a las letras, y en ellas recoge laureles llenos de esperanza. De repente se detiene, y se atasca.... ¿Qué ha sucedido?

Juan Jacobo ha sido admitido en los salones de la señora Recamier, y esta mujer de cuarenta y tres años, fastidiada tal vez de la turba de sus adoradores ya de edad, se dio a jugar con aquel pobre corazón juvenil. Un día, un Laval Montmorency llegó a decir de esta mujer: "No nos moríamos por ella, pero a todos nos tenía encantados." Prefiero la expresión de Alberto Stepfer: "Siento aborrecimiento a esa mujer, a quien tanto se ha amado."

Ampère no tardó en ver que su hijo había caído en el cepo; le reconvinó, le reprendió, le suplicó, pero no consiguió nada. Quiso casarle, Jacobo se prestó a ello, y dio a la hija de Cuvier testimonios de afecto bastantes para que la

pobre niña se le aficionara con toda su alma. Pero la señora de Recamier no dejó que se le arrebatará su presa; sujetó al infeliz bajo el yugo con nuevos cordeles y con yo no sé qué promesas de matrimonio, contando con la vejez de su marido. Cuando cinco años después Juan Jacobo la puso en el caso de cumplir su palabra, cansada tal vez ya entonces, se desentendió de sus compromisos y le soltó.

Mientras tanto, la señorita Cuvier, abandonada, había muerto de pena.

Juan Jacobo partió, y en largos viajes trató de olvidar a la pérfida y recobrar su juventud perdida.... Allá, lejos, en las grandes ciudades, cuando se presentaba: "¿Sois pariente del famoso Ampère?" le preguntaban. —Soy su hijo, respondía él, y todos se inclinaban más profundamente por razón de tal padre.

Ampère había sufrido muchísimo durante el largo y triste cautiverio de su hijo. Pero debía sufrir todavía más con su hija.

Ozanam, que vivió, como sabéis, familiarmente con ellos, después de haber expresado su admiración por la prodigiosa variedad de conocimientos de que Ampère daba muestras en sus conversaciones diarias, añade: "Su hija Albina habla muy bien y toma parte en todo lo que se dice; el señor Ampère le tiene mucho cariño."

Era éste el único afecto en que reposaba su corazón. Ampère casó a su querida hija con un personaje cuyo fantástico fingimiento engañó a la vez al padre y a la hija. Le creyeron honrado y bueno; y resultó un jugador, libertino y alcohólico. Se volvió loco, y en los accesos del *delirium tremens* corrió peligro la misma vida de la pobre Albina. Le encerraron en una casa de alienados, y Albina volvió a casa de su padre; pero la infeliz no pudo ya dominar su tristeza, se consumió lentamente, y a los treinta y cuatro años murió consumida de pesadumbre.

¿Cómo, señores, en medio de esos infortunios, en medio de todas las torturas de su corazón, cómo ha podido el genio de Ampère elevarse a esas alturas en que le hemos visto cernerse?

Por una excepcional potencia de su espíritu para fijarse, para clavarse en un pensamiento, y para concentrarse en sí mismo, dejando pasar todo el resto del mundo como si todo el resto del mundo no existiera.

Y por esa otra potencia del alma, señores, venida de lo alto, y que se llama la Fe, la Esperanza y la Caridad divina. Ampère creía en ese Dios que ha sufrido hasta morir por nosotros, y se juzgaba dichoso en ser crucificado por El. Ampère esperaba, y el pensamiento de la gloria que le aguardaba en el cielo le hacía tener en poco las tristezas y los dolores de la vida. Ampère amaba, y el amor hace gustar dulzuras en medio de las amarguras más acerbadas, y mantiene la calma en medio de las tempestades más borrascosas del corazón y la serenidad en las frentes más torturadas por el sufrimiento.

Esa fuerza de abstracción que desprende al alma de las cosas y se las hace olvidar, por ventajosa que en sí sea, no deja de tener sus inconvenientes.

Las distracciones del gran Ampère han llegado a ser legendarias, y por pueril que esto sea, es preciso que diga yo algo acerca de ella, para no falsear el retrato que de él os he hecho hasta aquí.

En el Colegio de Francia, cuando el inmenso tablero negro en que hacía sus cifras estaba cubierto de ellas, borraba con una rodilla sus fórmulas, y luego, por lo regular, creyendo que se trataba de su moquero, la metía en el bolsillo. Algunos minutos después la volvía a sacar para limpiarse, y quedaba jalbegado como un payaso.

Un día, en pleno bulevar de París, le preocupa un problema, y va resolviéndolo en su mente.... Advierte en su

camino cierta cosa negra, se detiene, saca de su bolsillo un pedazo de tiza y se pone a escribir cifras.... sobre el respaldo de un coche.

Estando a la mesa, en casa de una de las más nobles familias de Francia, algunos miembros del Instituto, invitados con él, tuvieron la ocurrencia de lanzarle, desde que se empezó a servir la sopa, en una cuestión de metafísica.... Ampère se echa a discurrir; se deja llevar más y más de su idea.... De repente se detiene, rechaza vivamente su plato, y creyéndose en su casa exclama: "Tres semanas hace ya que vengo diciendo a mi hermana que despida a esa cocinera: su sopa es detestable."

Invitado a no sé qué velada del aristocrático arrabal de Saint Germain, se imaginó que tenía que presentarse en traje oficial; se puso, pues, el uniforme con palmas de oro, propio de los miembros del Instituto, ciñéndose su espadín correspondiente. Llegado allá, ve a todos los convidados en traje negro; sumamente contrariado y un poco aturdido, se resuelve a ocultar al menos su espadín, y en un salón inmediato le desliza bajo el almohadón de un diván. A la salida se escabulle, deja que desaparezca todo el mundo, y luego, de puntillas, penetra en el salón para recoger su espadín.... La dueña de la casa, cansada sin duda, se había acostado encima y dormía. ¿Qué hacer? Primero esperó y observó, luego con suavidad cogió la empuñadura y tiró de ella lentamente. ¡Ay! la vaina se quedó allí debajo. Intenta cogerla. La señora despierta sobresaltada, y viendo ante sí a un hombre alto y negro, con la espada desenvainada, lanzó un horrible grito de espanto.... Acude la gente.... Ya podéis adivinar lo demás y la situación del pobre Ampère.

No se presta más que a los ricos. Ampère era rico en aventuras de este género, y se le ha prestado y colgado mucho.

Os he referido la vida de Ampère. No os he dicho, señores, más que una pequeñísima parte de sus trabajos. Los

últimos tiempos de su vida fueron ocupados en una obra inmensa: un ensayo de clasificación general de las ciencias.

No me detendré a analizarle; he propasado ya la medida ordinaria de nuestras conferencias.

En mayo de 1836, girando su visita de Inspector general de la Universidad, llegó a Lyon. Sus amigos de la "Sociedad Cristiana" acudieron presurosos a recibirle. No conocieron a su Ampère; una tos profunda y persistente le había minado; sus espaldas encorvadas se doblegaban bajo el peso de su cabeza; comprendieron que todo estaba perdido. Ampère lo sabía.... y me atreveré a decir, señores, lo esperaba; la vida, tal como él la había pasado, había infundido insuperables desalientos en su alma.

Fue, con uno de sus antiguos camaradas, pausadamente a ver de nuevo uno por uno todos los sitios de sus antiguos recuerdos.... Polémieux con la casita blanca.... Saint Germain y el cerezo de Julia, los árboles que reverdecían, los prados con sus renacientes flores.... Ante aquel hermoso cielo de la juventud y de la infancia, él, que no podía ya renacer ni reverdecer, sostuvo una conversación suprema. Habló de Dios, de Jesucristo, de las ciencias y de su porvenir, del papel de los grandes hombres en la sociedad, de los sufrimientos, de todas esas elevadas cuestiones que son de las que se cuidan las grandes almas.... luego, como volviera otra vez a Dios y se elevara a consideraciones que le inflamaban de entusiasmo, su amigo, adivinando por su voz y la respiración de su pecho cuánto le devoraba el fuego de sus pensamientos, le rogó que se reposara, alegrándole el cuidado de su salud.

"¡ Mi salud, mi salud!.... exclamó Ampère, de mi salud se trata precisamente. A esta hora, entre nosotros, no debe tratarse de otra cuestión que de las verdades eternas."

Fue a Marsella. Allí se le declaró una pneumonía ardiente. Acudió el capellán del Liceo. Ampère le dio gracias añadiendo: "He tomado la delantera, señor capellán, me he confesado en París." Lo hacía cada semana. Recibió el Viático y la Extremaunción. Como se acercara la muerte, uno de sus amigos le leyó algunos pasajes de la *Imitación de Cristo*: "No os canséis, le dijo Ampère; sé de memoria ese hermoso libro."

El 10 de Junio de 1836, a las cinco de la mañana, murió Ampère. ¡ Dichoso al fin!.... ¡ *Tandem felix!*

He acabado, señores; no me resta más que una palabra que deciros.

Ampère, el grande, el inmortal Ampère creía y oraba. Bajo aquella frente donde bullían inmensos pensamientos, la ciencia y la fe se daban la mano.

Cuando cualquiera de nuestros sabios de hoy día venga a deciros que la ciencia y la fe son incompatibles, cuando en nombre de los modernos descubrimientos pretenda excusarse de creer y orar, preguntadle qué es lo que ha hecho él por la ciencia. El supremo esfuerzo de ese incrédulo tan engreído, si ha llegado sin embargo a conseguir alguna cosa, habrá sido tal vez el cambiar de sitio una escobilla o un aislador en la máquina de Gramme o de Siemens!....

Y ahora permitidme que a mi vez os proponga un problema.

Un día, doce ignorantes, doce paisanos judíos, congregados como al azar en aldeas desconocidas de la Galilea, se conciertan acerca de una doctrina. Tratan del hombre, de Dios, de la tierra y del cielo, del cuerpo y del alma, de los derechos y de los deberes, del pasado y del porvenir; tocan todas las cuestiones eternas, y hacen acerca de ellas un símbolo neto, preciso, decisivo, donde no queda ningún lugar en vago y menos aún en duda. Después de lo cual toman su báculo de viaje y van a predicar a todo el mundo.

Hacia el fin del siglo XVI nace lo que se ha convenido en llamar "la ciencia." ¡Oh! no en el cerebro de un paisano, sino en una inteligencia fina y superior; después la han cultivado todos los mejores talentos, lo más selecto de la humanidad se ha puesto a su servicio; se le prodigan los tesoros intelectuales del universo entero. Contad, si podéis, los colegios, las universidades, los observatorios, los institutos, las academias, los laboratorios de estudios esparcidos en el mundo; contad el ejército de hombres que en esos templos adoran a la diosa, y pasan su vida en escuchar las lecciones que caen de sus labios.... Contad.... Pues bien, hé aquí que ese ejército se conmueve.... Os vienen a la memoria aquellos antiguos ejércitos de la Edad Media, en que toda la caballería de Europa forrada de hierro, dando al viento sus banderas, partía al galope de sus corceles a rechazar al turco y al infiel.... La tierra temblaba, el cielo se llenaba del brillo de las corazas y de las espadas, los retumbantes cuernos esparcían a lo lejos cánticos guerreros, y a los sonidos del cobre se juntaban y mezclaban las voces de los combatientes lanzando a los ecos su grito de guerra.

Pues bien, señores, eso mismo sucede ahora; sólo que ya no es la vieja caballería de Europa, es la caballería literaria y científica de todo el universo la que pasa.

—¿Y a dónde va?

Se precipita, innumerable, inmensa, sobre los doce paisanos judíos, sobre los doce ignorantes de hace poco.

Y esto dura desde hace trescientos años.

¿Y qué es lo que yo veo?

Los doce ignorantes siempre fieles, en pie, sosteniendo en la mano su símbolo.

Hé ahí mi problema.

Su solución es sencilla, señores; pero no tiene más que una:

Esos ignorantes han tenido un Maestro que se llama Dios!....